

Ruido, frecuencia perturbada. -Base Tierra: ¡Contesten!

Gianfranco Crua



El *lockdown* comenzó el 9 de marzo. También en nuestro país usan el sustantivo inglés que se prefiere a la palabra cierre o aislamiento. Los primeros días son extremadamente sombríos y llenos de miedo, el silencio irrumpe con gran estruendo en nuestras caóticas vidas llenas de ruidos superfluos. Todo se detiene a nuestro alrededor. Los afortunados tienen un hogar y un ingreso que les permite medir por primera vez el confinamiento físico y sensorial de los nuevos prisioneros. Silencio. La ciudad está ahora habitada por aquellos que no tienen un techo, comida, un trabajo digno. Personas para las que es seguro que el hambre creará más víctimas que el virus. Invisibles, de repente se convirtieron en los únicos que cruzaron las calles vacías, el campo donde los frutos de la tierra se pudren sin el sudor de su trabajo. Todavía silencio, el mismo silencio que ha envuelto a Jessica,

Oleg y Andrew durante meses, a pesar de las continuas conexiones con el Centro de Control de Houston. Desde su órbita constante observan con raro privilegio, día tras día, que *“el dióxido de nitrógeno, uno de los contaminantes atmosféricos más importantes, se ha reducido drásticamente en China entre enero y febrero”*. Los datos de otro satélite, Sentinel 5, nos dicen que *“desde que comenzaron las restricciones, la ‘nube’ de dióxido de nitrógeno se ha diluido, con un efecto particularmente visible en la zona de la llanura del río Po”*, donde vivo con mi familia y amigos, que han estado involucrados en muchas batallas por los derechos de los olvidados. Los astronautas de la ISS —International Space Station— han observado los recientes y terribles incendios en Australia, los de la selva amazónica y la taiga siberiana, sus ojos, los poderosos sensores electrónicos nos dicen cómo pretendemos no ver. Con su mirada navegamos alrededor del planeta, en un silencio sagrado y primordial medimos nuestra devastación. Aquí, desde el suelo el silencio dibuja sombras, largas noches en las que percibimos solo nuestra presencia o justo más allá. Disipamos los miedos, sacrificamos nuestros ideales aferrándonos con las uñas a lo que tenemos, a lo que tendremos cuando todo esto termine. En los primeros días de encierro se consume, alrededor de la hora del almuerzo, un ritual que disuelve por unos minutos este silencio universal; desde las ventanas de todo el país se asoman miles de personas que con aplausos agradecen al personal del hospital comprometido incansablemente con la salvación de vidas. Nuestros gobiernos han destruido la salud pública, eliminado quirúrgicamente la medicina territorial y alejado a miles de jóvenes estudiantes universitarios de la profesión médica. Ahora los casacas blancas se convierten en dioses de otro mundo, con sus trajes astronáuticos y respiradores (aunque las máscaras



comunes llegaron con un retraso culpable y en número insuficiente, por lo que la categoría ha pagado un tributo muy alto de muertes). No hay ningún anuncio de televisión que no recuerde su sacrificio. *“La gente más allá de las cosas”, “Ningún hombre es una isla”* viejos modismos, desempolvados para la ocasión por las grandes cadenas de supermercados.

Por supuesto, ahora también nos faltan los brazos para cosechar los productos que siguen llegando a nuestras mesas. Esos invisibles y silenciosos esclavos en sus chozas siguen careciendo de agua y de una vida digna, pero sobre todo no pueden trabajar para nuestro bienestar. Temprano en la mañana Patrizia sale a la calle, no hay nadie a esa hora, pone la comida en una caja en la que escribió *“¡Quién puede agregue, quién no, puede llevar!”*¹; hay más de doscientas cincuenta cajas solidarias, solo en nuestra ciudad. Una iniciativa espontánea, surgida en pocas semanas, dirigida a las familias que apenas sobreviven. Estos puntos se han convertido en laboratorios de relaciones, por ahora entre personas obligadas a mantener un “distanciamiento social” ordenado. Todavía no forman un bosque y ciertamente no son árboles visibles desde las poderosas miradas de los satélites, pero ciertamente se suman a esos miles y miles de personas arrojan una semilla cada día para cultivar un pequeño trozo de tierra. Francesco Remotti, antropólogo, profesor emérito de la Universidad de Turín, habla en una reciente entrevista sobre esta pandemia —sobre este tiempo suspendido— recordando la etnia BaNande que estudió en numerosas misiones en el Congo. Voraces deforestacionistas en constante búsqueda de tierras cultivables *“cuando un jefe moría, entraban en un periodo,*

1 <https://www.google.com/maps/d/u/0/viewer?hl=it&mid=1r-88Fu-sMQKjkd-t2kZvb8EkDo34CPkwt&ll=43.82885157080655%2C6.686003049999954&z=6>

llamado *ekyusi*, en el que no se podía hacer ningún trabajo. Estaba prohibido talar árboles y los agricultores no podían trabajar la tierra. Todo esto duró varios meses y llevó al hambre y la hambruna”. ¿Por qué? “La explicación estaba en su relación con el bosque. Su economía se basaba en la tala de árboles. Pero les invadió una duda: si seguimos destruyendo el bosque, ¿qué vamos a hacer? Y así periódicamente ponen fin a todo esto, a costa del hambre y el gran sufrimiento”²

El 17 de abril, los astronautas de la ISS aterrizaron cerca de Dzhezkazgan. “Es subreal”, dijeron. “Es como si volviéramos a un planeta completamente diferente”. Para ellos también se añadirá a la cuarentena tradicional, un nuevo periodo de silencio y atención médica especial. Los humanos, despojados de alas y ojos electrónicos, podrán decirnos lo que vieron, pero no les creeremos. Pronto olvidaremos las imágenes del planeta, primero azotado por el fuego y luego acariciado por una inestable atmósfera enrarecida y clara.

Así, con Achille Mbembe, “¿Hasta dónde se extenderá la propagación de las bacterias de los animales salvajes al hombre si, de hecho, cada veinte años seguimos talando cien millones de hectáreas de bosques tropicales, los pulmones de la Tierra? Pero al ritmo que avanza la vida en la Tierra, y considerando cuánta riqueza queda en el planeta, ¿cuánto tiempo habrá más dióxido de carbono para inhalar, qué oxígeno para respirar? Sí, de hecho, el COVID-19 es la espectacular expresión del estancamiento planetario en el que se encuentra la humanidad, entonces se trata, ni más ni menos, de recomponer una Tierra habitable que pueda ofrecernos a todos la posibilidad de una vida respirable.

2 https://www.repubblica.it/cultura/2015/04/19/news/francesco_remotti_ero_un_adolescente_emarginato_mi_sono_salvato_con_le_vi-strauss_-112386141/



Se trata, por lo tanto, de recuperar la energía de nuestro mundo, para forjar nuevas tierras. La humanidad y la biosfera están vinculadas. La una no tiene futuro sin la otra.”³ Hoy es el 25 de abril, Día de la Liberación, celebramos la derrota del nazi-fascismo en ese lejano 1945. Patrizia sostiene el acordeón y como otros en todo el país, desde la ventana canta “Bella ciao”. Romper el silencio, renacer, como querían los partisanos que bajaban de las montañas, de los tupidos bosques, para encontrarse con la gente de la llanura.

Renacer; hoy no salimos de una guerra, no tendremos que reconstruir para volver a la normalidad porque la normalidad era el problema. En un rincón de la casa, después de meses de silencio, nuestro filodendro (*Monstera deliciosa*) abre, en su nuevo hogar, la primera hoja. Un cilindro, que con el primer sol se despliega en toda su inconfundible geometría. Estaban allí antes que nosotros. Evidente.



3 <https://www.lavoroculturale.org/il-diritto-universale-di-respirare/>